

y endemoniado genio que he conocido en mi vida. Francamente, yo no considero como iagénito aquel iracundo temperamento, sino antes bien, creado por los disgustos que le ocasionó la desabrida profesión de su esposo; y es preciso confesar que no se quejaba sin razón, pues aquel matrimonio, que durante cincuenta años habíá podido dar veinte hijos al mundo y á Dios, tuvo que contentarse con uno sólo, la encantadora y sin par Rosita, de quien hablaré después. Por éstas y otras razones, Doña Francisca pedía al cielo en sus diarias oraciones, el aniquilamiento de todas las escuadras europeas.

En tanto el héroe se consumía tristemente en Vejer viendo en sus laureles apolillados y roídos de ratones; y meditaba y discurría á todas horas sobre un tema importante, es decir: que si Córdeve, comandante de nuestra escuadra, hubiera mandado orzar á babor, en vez de ordenar la maniobra á estribor, los navíos *Mexicano*, *San José*, *San Nicolás* y *San Isidro* no habrían caído en poder de los ingleses, y el almirante inglés Jerwis habríá sido derrotado. Su mujer, Marcial, hasta yo mismo, exaltamíandome en mis atribuciones, le decíamos que la cosa no tenía duda, á ver si dándonos por convencidos, se templaba el vivo ardor de su manía; pero ni por esas: su manía le acompañó al sepulcro.

Pasaron ocho años después de aquel desastre, y la noticia de que la escuadra combinada iba á tener un encuentro decisivo con los ingleses, produjo en él cierta excitación que parecía rejuvenecerle. Dió, pues, en la flor de que había de ir á la escuadra para presenciar la indudable derrota de sus mortales enemigos; y aunque su esposa trataba de disuadirla, como he dicho, era imposible desviarle de tan estrafalario propósito. Para dar á comprender cuán fuerte y vehemente era su deseo, basta decir que se atrevía á contrariar, aunque evitando toda disputa, la firme voluntad de Doña Francisca; y debo advertir, para que se tenga idea de la obstinación de mi amo, que éste no tenía miedo á los ingleses, ni á los franceses, ni á los argelinos, ni á los salvajes del estrecho de Magallanes, ni al mar irriado, ni á los monstruos acuáticos, ni á la ruidosa tempestad ni al cielo, ni á la tierra; no tenía miedo á cosa alguna creada por Dios, mas que á su bendita mujer.

Réstame hablar ahora del marinero Marcial, objeto del odio más vivo por parte de Doña Francisca, pero cariñosa y fraternalmente amado por mi amo D. Alonso, con quien había servido.

Marcial (nunca supe su apellido) llamado entre los marineros Medic hombre, había sido contramaestre en los barcos de guerra durante cuarenta años. En la época de mi narración, la facha de este héroe de los mares era de lo más singular que puede imaginarse.

Figúrense ustedes, señores míos, un hombre viejo, más bien alto que bajo, con una pierna de palo, el brazo izquierdo cortado á cercen más abajo del coño, un ojo menos, la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones y con desorden, trazados por armas enemigas de diferentes clases; con la tez morena y curtida como la de todos los marineros viejos; con una voz ronca, hueca y perezosa, que no se parecía á la de ningún habitante racional de tierra firme, y podrá formarse idea de este personaje, cuyo recuerdo me hace deplorar la sequedad de mi paleta, pues á fe que merece ser pintado por el más diestro retratista. No puedo decir si su aspecto hacía reír ó imponía respeto: creo que ambas cosas á la vez, y según como se le mirase.

Puede decirse que su vida era la historia de la marina Española en la última parte del siglo pasado y principios del presente, historia en cuyas páginas, las gloriosas acciones alternan con lamentables desdichas. Marcial había navegado en el *Conde de Regla*, en el *San Joaquín*, en el *Reat Carlos*, en el *Trinidad*, y otros heroicos y desgraciados barcos que, al parecer derrotados con honra ó destruidos con alevosía, sumergieron con sus viejas tablas el pederío naval de España. Además de las campañas en que tomó parte con mi amo, Medio-hombre había asistido á otras muchas, tales como lo expedición á la Martinica, la acción de Finisterre y antes, al terrible episodio del Estrecho en la noche del 12 de Julio de 1801, y al combate del cabo de Santa María en 5 de Octubre de 1804.

A la edad de sesenta y seis años se retiró del servicio, más no por falta de bríos, sino porque ya se hallaba completamente

desarbolado y fuera de combate. El y mi amo eran en tierra dos buenos amigos, y cómo la hija única del contramaestre se hallase casada con un antiguo criado de la casa, resultando de esta unión un nieto, Medio-Hombre se decidió á echar para siempre el ancla como un viejo pontón inútil para la guerra, y hasta llegó á hacerse la ilusión de que le gustaba la paz. Bastaba verle para comprender que el empleo más difícil que podía darse á aquél resto glorioso de un héroe era el de cuidar chiquillos; y en efecto, Marcial no hacía otra cosa que cargar, distraer y dormir á su nieto, para cuya faena le bastaban sus canciones marineras sazonadas con algún juramento propio del oficio.

Mas al saber que la escuadra combinada se apercebía para un gran combate, sintió renacer en su pecho el amortiguado entusiasmo, y soñó que se hallaba mandando la marinería en el alcázar de proa del *Santisima Trinidad*. Como notase en Don Alonso iguales síntomas de recrudescimiento, se franqueó con él, y desde entonces pasaban gran parte del día y de la noche comunicándose, así las noticias recibidas, como las propias sensaciones, refiriendo hechos pasados, haciendo conjeturas sobre los venideros, y soñando despiertos como dos grumetes que en íntima confianza calculan el modo de llegar á almirantes.

En estas encerronas, que traían á Doña Francisca muy alarmada, nació el proyecto de embarcarse en la escuadra para presenciar el próximo combate. Ya saben ustedes la opinión de mi ama y las mil piardías que dijo del marinero embaucador; ya saben que Don Alonso insistía en poner en ejecución tan atrevido pensamiento, acompañado de su paje, y ahora me resta referir lo que todos dijeron cuando Marcial se presentó á defender la guerra contra el vergonzoso *statu quo* de Doña Francisca.

IV

—Sr. Marcial—dijo esta con redoblado furor.—Si quiere usted ir á la escuadra á que le den la última mano, puede ir cuando quiera, pero le que es éste no irá.

—Bueno—contestó el marinero, que se había sentado en el borde de una silla, ocupando solo el espacio necesario para sostenerse;—iré yo solo. El demonio me lleve si me quede sin echar el catalejo á la fiesta.

Después añadió con expresión de júbilo:

—Tenemos quince navíos, y los fraacesitos veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto.... ¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado!

Como se comunica el fuego de una mecha á otra que está cercana, así el entusiasmo que irradió del ojo de Marcial, encendió los dos, ya por la edad amortiguados, de mal buen amo.

—Pero el *Señorito*—continuó Medio hombre—traerá muchos también. Así me gustan á mí las funciones; mucha maderita donde mandar balas y mucho *jumo* de pólvora, que caliente el aire cuando hace frío.

Se me había olvidado decir que Marcial, como casi todos los marinos, usaba un vocabulario formado por los más peregrinos terminachos, pues es costumbre en la gente de mar, de todos los países, desfigurar la lengua patria hasta convertirla en caricatura. Observando la mayor parte de las voces usadas por los navegantes, se ve que son simplemente corruptelas de las palabras más comunes, adaptadas á su temperamento acra-

batado y enérgico, siempre propenso á abreviar todas las funciones de la vida y especialmente el lenguaje. Oyéndoles hablar, me ha parecido á veces que la lengua es un órgano que les estorba.

Marcial, como digo, convertía los nombres en verbos y éstos en nombres, sin consultar con la academia. Asimismo aplicaba el vocabulario de la navegación á todos los actos de la vida, tendiendo siempre asimilar el navío con el hombre, en virtud de una forzada analogía entre las partes de aquel y los miembros de éste. Por ejemplo, hablando de la pérdida de su ojo, decía que había cerrado *el portalón de estribor*, y para expresar la rotura del brazo decía que se había quedado sin la *serviola de babor*. Para él, el corazón, residencia del valor y del heroísmo, era *el pañol de la pólvora*, así como el estómago *el pañol del bizcocho*. Al menos estas frases las entendían los marineros; pero había otras, hijas de su propia inventiva filológica, que eran de él solo conocidas y en todo su valor apreciadas. ¿Quién podría comprender lo que significaban *patigurbiar*, *chingurria* y otros feroces nombres del mismo jaez? Yo creo, aunque no lo aseguro, que con el primero significaba dudar y con el segundo tristeza. La acción de embriagarse la denominaba de mil maneras distintas, y entre éstas, la más común era *ponerse la casaca*, idiotismo cuyo sentido no hallarán mis lectores, si no les explico que habiéndole merecido los marinos ingleses el dictado de *casacones*, sin duda á causa de su uniforme; al decir *ponerse la casaca* por emborracharse, quería significar una acción común y corriente entre sus enemigos. A los almirantes extranjeros les llamaba con estrafalarios nombres, ya creados por él, ya traducidos á su manera, fijándose en semejanzas de sonido. A Nelson le llamaba el *Señorito*, voz que indica cierta consideración ó respeto, á Collingwood, el *tío Calambre*, frase que á él le parecía exacta traducción del inglés; á Jerwis le nombraba como los mismos ingleses, esto es, *viejo zorro*; á Calder el *tío Perol*, porque encontraba mucha relación entre las dos voces, y siguiendo un sistema lingüístico enteramente opuesto, designaba á Villeneuve, jefe de la escuadra combinada, con el apodo de *Monsieur*

Corneta, nombre tomado de un gajete á cuya representación asistió en Cádiz. En fin, tales eran los disparates que salían de su boca, que me veré obligado, para evitar explicaciones enojosas, á substituir sus frases con las usuales, cuando refiera las conversaciones que de él recuerdo.

Sigamos ahora. Doña Francisca haciéndose cruces, dijo así:

—¡Cuarenta navíos! Eso es tentar á la Divina Providencia. ¡Jesús! y lo menos tendrán cuarenta mil cañones, para que estos enemigos se maten unos á otros.

—Lo que es como Mr. Corneta tenga bien provistos los paños de la pólvora—contestó Marcial señalando al corazón,—ya se van á reír esos señores casacones. No será ésta como la del cabo de San Vicente.

—Hay que tener en cuenta—dijo mi amo con placer, viendo mencionado su tema favorito,—que si el almirante Córdoba hubiera mandado virar á babor á los navíos *San José* y *Mejicano*, el Sr. de Jerwis no se habría llamado *lord conde de San Vicente*. De eso estoy bien seguro, y tengo datos para asegurar que con la maniobra á babor, hubiéramos salido victoriosos.

—¡Victoriosos!—exclamó con desdén Doña Francisca.—Si pueden ellos más.... Estos bravucones parece que se quieren comer el mundo, y en cuanto salen al mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

—¡No!—dijo Medio-hombre enérgicamente y cerrando el puño con gesto amenazador.—Si no fuera por sus muchas astucias y picardías.... Nosotros vamos siempre contra ellos con el alma á un largo, pues, con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés no se *larguea*, y siempre ataca por sorpresa buscando las aguas malas y las horas de cerrazón.

Así fué la del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegamos confiados porque ni de perros herejes moros se teme la traición, *cuantimás* de un inglés que es *civil* y al modo de cristiano. Pero no: el que ataca á traición no es cristiano, sino un saltador de caminos. Fugúrese usted, señora—añadió dirigiéndose á Doña Francisca para obtener su benevolencia,—que salimos de Cádiz para auxiliar á la escuadra fran-

cesa que se había refugiado en Algeciras, perseguida por los ingleses. Hace de esto cuatro años, y *entavía* tengo tal coraje que la sangre se me emborbotaba cuando lo recuerdo.

Yo iba en el *Real Carlos*, de ciento doce cañones, que mandaba Ezguerra, y además llevábamos el *San Hermenegildo*, de 112 también, el *San Fernando*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y la fragata *Sabina*. Unidos con la escuadra francesa, que tenía cuatro navíos, tres fragatas y un bergantín, salimos de Algeciras para Cádiz á las doce del día, y como el tiempo era flojo, nos anocheció más acá de Punta Carnero. La noche estaba más negra que un barril de chapopote; pero como el tiempo era bueno no nos importaba navegar á oscuras. Casi toda la tripulación dormía: me acuerdo que estaba yo en el castillo de proa hablando con mi primo Pepe Débora, que me contaba las perradas de su suegra, y desde allí ví las luces del *San Hermenegildo*, que navegaba á estribor como á tiro de cañón. Los demás barcos iban delante. *Pusque* lo que menos creíamos era que los casacones habían salido de Gibraltar tras de nosotros y nos daban caza; ¡ni cómo los habíamos de ver si tenían apagadas las luces y se nos acercaban sin que nos percatáramos de ellos! De repente, y *unque* la noche estaba muy oscura, me pareció ver.... yo siempre he tenido un *farol* como un lince.... me pareció que un barco pasaba entre nosotros y el *San Hermenegildo*.

—José Débora—dije á mi compañero,—ó yo estoy viendo *pantasma* ó tenemos un barco inglés por estribor.

José Débora miró y me dijo:

—Que el palo mayor se caiga por la fogaadura y me parta si hay por estribor más barco que el *San Hermenegildo*.

—Pues por sí ó por no—dije—voy á aviearlo al oficial que estáde cuarto.

No había acabado de decirlo, cuando pataplús.... sentimos el *musiqueo* de toda una andanada que nos seplaron por el costado. En un minuto la tripulación se levantó.... cada uno á su puesto. ¡Qué batahola, señora Doña Francisca! Me alegrara de que usted lo hubiera visto para que supiera como son estas cosas. Todos jurábamos como demonios y pedíamos á Dios que

nos pusiera un cañón en cada dedo para contestar al ataque. Ezguerra subió al alcázar y mandó disparar la andanada de estribor..... ¡zapataplés! La andanada de estribor disparó en seguida, y al poco rato nos contestaron.... Pero en aquella trapisonda no vimos que con el primer disparo nos habían soplado á bordo unas endiabladas materias *comestibles* (combustibles quería decir) que cayeron sobre el buque como si estuviera lloviendo fuego. Al ver que ardía nuestro navío se nos redobló la rabia y cargamos de nuevo la andanada, y otra y otra. ¡Ah, Doña Francisca! bonito se puso aquello. Nuestro comandante mandó meter sobre estribor para atacar al abordaje al buque enemigo. Aquí te quiero ver.... yo estaba en mis glorias.... En un guisar del ojo preparamos las hachas y picas para el aborbeje.... el barco enemigo se nos venía encima, lo cual me *encabrió* (me alegró) el alma porque así nos envejaríamos más pronto.... Mete, mete á estribor... ¡qué julepe! Principiaba á amanecer, ya las penoles se besaban, ya estaban dispuestos los grupos, cuando oímos juramentos españoles á bordo del buque enemigo; entonces nos quedamos todos tiesos de espanto porque vimos que el barco con quien nos batíamos era el mismo *San Hermenegildo*.

—Eso sí que estuvo bueno—dijo Doña Francisca mostrando algún interés en la narración.—¿Y cómo fueron tan buros que uno y otro....?

—Diré á usted; no tuvimos tiempo de andar con palabreo. El fuego del *Real Carlos* se pasó al *San Hermenegildo*, y entonces.... ¡Virgen del Carmen, la que se armó! ¡A las launchas! gritaron muchos. El fuego estaba ya ras con ras con la *Santa Barbara*, y esta señora no se anda con bromas... Nosotros jurabamos, gritábamos, insultabamos á Dios, á la Virgen y á todos los santos, porque así parece que se deshoga uno cuando está lleno de coraje hasta la esecilla.

—¡Jesús, María y José! ¡qué horror!—exclamó mi ama.—¿Y se salvaron?

—Nos salvamos cuarenta en la falúa y seis ó siete en el chinchorro; éstos recogieron al segundo del *San Hermenegil-*

do. José Débora se aferró á un pedazo de palo y arribó más muerto que vivo á las playas de Marruecos.

—¿Y los demás?

—Los demás.... la mar es grande; y en ella cabe mucha gente. Dos mil hombres *apagaron fuegos* (murieron) aquel día; entre ellos nuestro comandante Ezguerra, Emparan, el del otro barco.

—¿Válgame Dios!—dijo Doña Francisca.—Aunque bien empleado les está, por andarse en estos juegos. Si se estuvieran quietecitos en sus casas como Dios manda....

—Pues la causa de este desastre—dijo Don Alonso, que gustaba de interesar á su mujer en tan dramático suceso,—fué la siguiente: Los ingleses, validos de la obscuridad de la noche, dispusieron que el navío *Soberbio*, el más ligero de los que traían, apagara sus luces y se colocara entre nuestros dos hermosos barcos. Así lo hizo, disparó sus dos andanadas y viró en redondo con mucha presteza, para librarse de la contestación. El *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, viéndose atacados inesperadamente, hicieron fuego; pero se estuvieron batiendo el uno contra el otro hasta que cerca del amanecer y estando á punto de abordarse, se reconocieron y ocurrió lo que tan detalladamente te ha contado Marcial.

—¡Oh! ¡y que bien os la jugaron!—dijo la dama.—Estuvo bueno, aunque eso no es de gente noble.

—¿Qué ha de hacer!—añadió Medio-hombre.—Entonces yo no los quería bien; pero *dende* esa noche.... Si están ellos en el cielo, no quiero ir al cielo, *manque* me condene para toda la *Eternidad*.

—¿Pues y la captura de las cuatro fragatas que venían del Río de la Plata?—dijo Don Alonso animando á Marcial para que continuara sus narraciones.

—También en esa me encontré—contestó el marino,—y allí me dejaron sin pierna.

También entonces nos cogieron desprevenidos, y como estábamos en tiempo de paz nosotros navegábamos muy tranquilos, contando las horas que nos faltaban para llegar, cuando de repente..... Le diré á vd. como fué, señora Doña Francisca,

para que vea las mafias de esa gente. Después de lo del Estrecho, me embarqué en la *Fama* para Montevideo, y ya hacía mucho tiempo que estábamos allí, cuando el jefe de la escuadra recibió orden de traer á España los caudales de Lima y Buenos Aires. El viaje fué muy bueno y no tuvimos más percances que unas calenturillas, que no mataron ni tanto así de hombre. Traíamos mucho dinero del Rey y de particulares, y también lo que llamamos la *caja de soldadas*, que son los ahorrillos de la tropa que sirve en las Américas.

Por junto, si no me engaño, eran cosa de cinco millones, de pesos como quien no dice nada, y además traíamos pieles de lobo, lana de vicuña, cascarilla, barras de estaño y cobre y maderas finas.....

Pues señor, después de cincuenta días de navegación, el 5 de Octubre, vimos tierra, y ya contábamos entrar en Cadiz, al día siguiente, cuando cádate que hacia el Nordeste se nos presentan cuatro señoras fragatas. Aunque estábamos en tiempo de paz, y nuestro capitán Don Miguel de Zapiain parecía no tener maldito recelo, yo, que soy perro viejo en la mar, llamé á Débora y le dije que el tiempo me olía á pólvora..... Bueno; cuando las fragatas inglesas estuvieron cerca, el general mandó hacer zafarracho: la *Fama* iba delante, y al poco rato nos encontramos á tiro de pistola de una de las inglesas por barlovento.

Entonces el capitán inglés nos habló con su bocina y nos dijo.... ¡ pues mire usted que me gustó la franqueza!.... nos dijo que nos pusiéramos en facha porque nos iba á atacar. Hizo mil preguntas; pero le dijimos que no nos daba la gana de contestar. A todo esto, las otras tres fragatas enemigas se habían acercado á las nuestras, de tal manera, que cada una de las inglesas tenía otra española por el costado de sotavento.

—Su posición no podía ser mejor—dijo mi amo.

—Eso digo yo—continuó Marcial.

—El jefe de nuestra escuadra, Don José Bustamante, anduvo poco listo, que si hubiera sido yo..... Pues señor, el comodón (quería decir el comodoro) inglés envió á bordo de la *Medea* un oficialillo de estos de cola de abadejo, el cual sin andar

se en chiquitas dijo que aunque no estaba declarada la guerra, el comodón tenía orden de apresarnos. Esto sí que se llama ser inglés. El combate empezó al poco rato; nuestra fragata recibió la primera andanada por babor; se le contestó al saludo, y cañonazo va y cañonazo viene.... lo cierto del caso es que no mastimos en un puño á aquellos herejes por mor de que el demonio fué y pegó fuego á la Santa Bárbara de la *Mercedes*, que se volé en un suspiro, y todos con este suceso nos afligimos tanto, sintiéndonos tan apocados, no por falta de valor, sino por aquello que dicen..... en la moral.... pues..... denque el mismo momento nos vimos perdidos.

Nuestra fragata tenía las velas con más agujeros que capa vieja, los cabos rotos, cinco pies de agua en bodega, el palo de mesana tendido, tres balazos á flor de agua y bastantes muertos y heridos. A pesar de esto seguíamos la *cuchipanda* con el inglés; pero cuando vimos que la *Medea* y la *Clara*, no pudiendo resistir la chamusquina, arriaban bandera, forzamos de vela y nos retiramos, defendiéndonos como podíamos. La maldita fragata inglesa nos daba caza, y como era más velera que la nuestra no pudimos zafarnos y tuvimos también que arriar el trapo á las tres de la tarde, cuando ya nos habían matado mucha gente, y yo estaba medio muerto sobre el sollao porque á una bala le dió la gana de quitarme mi pierna. Aquellos condenados nos llevaron á Inglaterra, no como presos, sino como detenidos; pero, carta va, carta viene entre Londres y Madrid, lo cierto es que se quedaron con el dinero, y me parece que cuando á mí me nazca otra pierna entonces el Rey de España les verá la punta del palo á los cinco millones de pesos.

—¡ Pobre hombre!—.... ¿y entonces perdiste la pierna?—le dijo compasivamente doña Francisca.

—Si señora; los ingleses, sabiendo que yo no era bailarín, creyeron que tenía bastante con una. En la travesía me curaron bien: en un pueblo que llaman *Plinmuf* (Plymouth) estuve seis meses en el pontón con el petate liado y la patente para el otro mundo en el bolsillo... Pero Dios quiso que no me fuera á pique tan pronto, un físico inglés me puso esta pierna de palo, que es mejor que la otra, porque aquella me

dolia de la condenada reuma, y ésta, á Dios gracias, no duele aunque le echen una descarga de metralla. En cuanto á dureza creo que la tiene, aunque *entavía* no se me ha puesto delante la popa de ningún inglés para probarla.

--Muy bravo estás--dijo mi ama:--quiera Dios no pierdas también la otra. El que busca el peligro...

Concluida la relación de Marcial, se trabó de nuevo la disputa sobre si mi amo iría ó no á la escuadra. Persistía doña Francisca en la negativa, y D. Alonso, que en presencia de su digna esposa era manso como un cordero, buscaba pretextos y alegaba toda clase de razones para convencerla.

--Pero iremos sólo á ver, mujer; nada más que á ver--decía el héroe con mirada suplicante.

--Dejémonos de fiestas--le contestaba su mujer.--Buen par de esperpentos estais los dos.

--La escuadra combinada dijo Marcial,--se quedará en Cádiz, y ellos tratarán de forzar la entrada.

--Pues entonces--añadió mi ama,--pueden ver la función desde la muralla de Cádiz, pero lo que es en los barquitos... Digo que no y que no. Alonso, en cuarenta años de casados no me has visto enojada [la veía todos los días.] Pero ahora te juro que si vas á la escuadra... haz cuenta de que Paquita no existe para tí.

--¡Mujer!--exclamó con aflicción mi amo.

--¡Y he de morirme sin tener ese gusto?

--¡Bonito gusto, hombre de Dios! Ver como se matan esos locos! Si el Rey de las Españas me hiciera caso, mandaría á paso á los ingleses y les diría: "Mis vasallos queridos no están aquí para que ustedes se diviertan con ellos." Métense ustedes en faena unos con otros si quieren juego. ¿Qué creen ustedes? Yo, aunque tonto, bien se lo que hay aquí, y es que el primer éonsul, emperador, sultán ó lo que sea, quiere acometer á los ingleses, y como no tiene hombres de alma para el caso, ha embaucado á nuestro buen Rey para que le preste los suyos, y la verdad es que nos está fastidiando con sus guerras marítimas. Díganme ustedes, á España que le va ni le viene en esto? ¿Por qué ha de estar todos los días cañonazo y más caño-

nazo por una simpleza? Antes de esas picardías que Marcial ha contado, ¿qué daño nos habían hecho los ingleses? ¡Ah, si hicieran caso de lo que yo digo, el señor de Bonaparte armaría la guerra solo, ó si no que no la armara!

--Es verdad--dijo mi amo,--que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algún provecho resalta es para nuestra aliada, mientras todos los desastres son para nosotros.

--Entonces, tontos rematados, ¿para qué se os calientan las pajarrillas con esta guerra?

--El honor de nuestra Nación está empeñado--contestó D. Alonso,--y una vez metidos en la danza, sería una mengua volver atrás. Cuando estuve el mes pasado en Cádiz en el bautizo de la hija de mi primo, me decía Churruga: "Esta alianza con Francia y el maldito tratado de San Ildefonso, que por la astucia de Bonaparte y la debilidad de Godoy, se ha convertido en tratado de subsidios, será nuestra ruina, será la ruina de nuestra escuadra, si Dios no lo remedia, y por tanto la ruina de nuestras colonias y del comercio español en América. Pero á pesar de todo, es preciso seguir adelante."

--Bien digo yo--añadió Doña Francisca,--que ese Príncipe de la Paz se está metiendo en cosas que no entiende. Ya se ve: ¿un hombre sin estudios? Mi hermano el arcediano, que es partidario del Príncipe Fernando, dice que ese Sr. Godoy es un alma de cántaro, y que no ha estudiado latín ni teología, pues todo su saber se reduce á tocar la guitarra y á conocer los veintidos modos de bailar la gabota. Parece que por su linda cara le han hecho primer ministro. Así andan las cosas de España: luego hambre y más hambre; todo tan caro... La fiebre amarilla asolando á Andalucía... Está esto bonito, sí señor... Y de ello tienen ustedes la culpa--continuó engrosando la voz y poniéndose muy encarnada,--sí señor, ustedes que ofenden á Dios matando tanta gente; ustedes, que si en vez de meterse en esos endiablados barcos se fueran á la iglesia á rezar el rosario, no andaría Patillas tan suelto por España, haciendo diablurap.

--Tú irás á Cádiz también--dijo D. Alonso, ansioso de des-

partar el entusiasmo en el pecho de su mujer;—irás á casa de Flora y desde el mirador podrás ver cómodamente el combate, el humo, los fogonazos, las banderas... Esto es muy bonito.

—¡Gracias, gracias! me caería muerta de miedo. Aquí nos estaremos quietos; que el que busca el peligro en él perece.

Así terminó aquel diálogo, cuyos pormenores he conservado en mi memoria, á pesar del tiempo transcurrido. Mas acontece con frecuencia que los hechos muy remotos y correspondientes á nuestra infancia permanecen grabados en la imaginación con mayor firmeza que los presenciados en edad madura, y cuando predomina sobre todas las facultades la razón.

Aquella noche Don Alonso y Marcial siguieron conferenciando en los pocos ratos que la celosa Doña Francisca los dejaba solos. Cuando ésta fué á la parroquia para asistir á la novena, según su piadosa costumbre, los dos marineros respiraron con libertad como escolares bulliciosos que pierden de vista al maestro. Encerráronse en el despacho, sacaron unos mapas y los estudiaron examinando con gran atención; luego leyeron ciertos papeles en que había apuntados los nombres de muchos barcos ingleses con la cifra de sus cañones y tripulantes, y durante su calurosa conferencia en que alternaba la lectura con los más enérgicos comentarios, noté que ideaban el plan de un combate naval.

Marcial imitaba con los gestos de su brazo y medio la marcha de las escuadras, la explosión de las andanadas; con su cabeza el balanceo de los barcos combatientes; con su cuerpo la caída de costado del buque que se va á pique; con su mano el subir y bajar de las banderas de señal; con un ligero silbido el mando del contramaestre; con los porrazos de su pie de palo contra el suelo el estruendo del cañón; con su lengua estropajosa los juramentos y singulares voces del combate; y como mirando le secundase en esta tarea con la mayor gravedad, quise yo también echar mi cuarto á espaldas, alentado por ejemplo y dando natural deshaogo á esa necesidad devoradora de meter ruido que domina el temperamento de los chicos con absoluto imperio.

Sin poderme contener, viendo el entusiasmo de los dos marineros, comencé á dar vueltas por la habitación; pues la con-

fianza con que por mi amo era tratado me autorizaba á ello; remedé con la cabeza y los brazos la disposición de una nave que cife el viento, y al mismo tiempo prefería, ahuecando la voz, les retumbantes monosílabos que más se parecían al ruido de un cañonazo, tales como ¡bum, bum, bum!... Mi respetable amo y el mutilado marinero, tan niños como yo en aquella ocasión, no pararon mientes en lo que yo hacía, pues harto les preocupaban sus propios pensamientos. ¡Cuánto me he reído después recordando aquella escena, y cuán cierto es, por lo que respecta á mis compañeros en aquel juego, que el entusiasmo de la ancianidad convierte á los viejos en niños, renovando las travesuras de la cuna al borde mismo del sepulcro.

Muy enfrascados estaban ellos en su conferencia, cuando sintieron los pasos de Doña Francisca que volvía de la novena.

—¡Que viene!—exclamó Marcial con terror.

Y al punto guardaron los planos, disimulando su excitación, y pusieron á hablar de cosas indiferentes. Pero yo, bien porque la sangre juvenil no podía aplacarse fácilmente, bien porque no observé á tiempo la entrada de mi ama, seguí en medio del cuarto demostrando mi enajenación con frases como esta, pronunciadas con el mayor desparpajo: ¡la mura á estribor!... ¡orza!... ¡la andanada de sotavento!... ¡fuego!... ¡bum, bum!... Ella se llegó á mí furiosa, y sin previo aviso me descargó en la popa la andanada de su mano derecha con tan buena puntería que me hizo ver las estrellas.

—También tú—exclamó vapuleándome sin compasión.—

Ya ves—añadió mirando á su marido con centellantes ojos,—tú le enseñas á que pierda el respeto... ¿te has creído que estás todavía en la Caleta, pedazo de zascandil?

La zurra continuó en la forma siguiente: yo caminando á la cocina, lloroso y avergonzado, después de arriada la bandera de mi dignidad y sin pensar en defenderme contra tan superior enemigo, Doña Francisca detrás dándome caza y poniendo á prueba mi pescuezo con los repetidos golpes de su mano. En la cocina eché el ancla y me puse á llorar considerando cuán mal había concluido mi combate naval.